



[François Sabado*]

Situación política, partido anticapitalista y partido revolucionario en Europa

Los artículos de Alex Callinicos y de Murray Smith abren un debate necesario sobre los problemas de orientación y de construcción en Europa. A diferencia de Callinicos, no partiremos de la existencia de supuestos modelos: coalición electoral del tipo RESPECT, partido amplio como el SSP escocés o alianza electoral LCR-LO. Estas formas de intervención política u organización son el producto específico de la historia de las luchas de clases y del movimiento revolucionario de cada país. No son generalizables. Elegiremos más bien partir de las grandes características de la situación política en Europa y clarificar algunas grandes cuestiones de orientación.

Efectos políticos de los ataques burgueses

1) La situación en Europa se caracteriza por la brutalidad de la nueva ofensiva de la contrarreforma liberal: reducción de los subsidios de desempleo y demolición de la seguridad social en Alemania; reforma de las jubilaciones, de la seguridad social, nuevas privatizaciones en Francia; ataques contra las jubilaciones, el sistema de sanidad y la seguridad social en los Países Bajos... Después del «Thatcherismo» de los años ochenta en Gran Bretaña, una nueva ola de deconstrucción de las relaciones sociales resultantes de la posguerra está en curso. Esta radicalidad de los ataques capitalistas da lugar a una agravación de la competencia inter-imperialista en el marco de la fase actual de la mundialización, en que las burguesías europeas deben lograr nuevos márgenes de maniobra ante América y las potencias asiáticas.

2) La brutalidad de estos ataques crea nuevas tensiones sociales y políticas. Eso causa una resistencia social a través de las huelgas, luchas y manifestaciones (manifestaciones en Alemania contra el plan Hartz 4, huelgas y manifestaciones en Francia contra la reforma de las jubilaciones y la privatización de EDF [equivalente francés de ENDESA], manifestaciones y huelgas en los Países Bajos...) así como un rechazo de la política ultraliberal de los Gobiernos: rechazo de la derecha liberal en Francia e Italia pero también del Gobierno SPD-Verde de Schröder o del Gobierno Blair.

3) Esta brutalidad de los ataques causa también elementos de crisis política: crisis de representación política con la confirmación de una fuerte abstención en la mayoría de los países, debilitamiento de todos los aparatos políticos tanto a la derecha como a la izquierda – ¿cómo un partido de gobierno puede constituirse una base social asumiendo las reestructuraciones liberales? Este debilitamiento se acompaña de divisiones internas, aquí también a la derecha y a la izquierda. En Francia, el partido mayoritario está lastrado por una confrontación entre el Presidente de la República, Jacques Chirac, y el futuro Presidente

del partido, Nicolas Sarkozy. A la izquierda, si la evolución global de los sectores mayoritarios del movimiento sindical y de la izquierda institucional en Europa va hacia la derecha, en una integración creciente al social-liberalismo, fracturas y divisiones abren paso. En Alemania una parte de la burocracia sindical y del SPD, a la imagen de la postura de un Oscar Lafontaine, se opone a Schröder. En Francia, contra todo pronóstico, Laurent Fabius – uno de los que encarnan el social-liberalismo– se pronuncia por el «no» en el referéndum sobre la Constitución Europea. El rodillo compresor es tal que provoca fracturas y cambios de dirección bruscos.

4) Estas evoluciones vuelven a plantear la cuestión del análisis de la socialdemocracia y la izquierda en general. Contrariamente a lo que a menudo el SWP inglés presenta, nosotros no pensamos que los partidos socialistas se hayan convertido en partidos burgueses. Ése nunca ha sido nuestro análisis. Del mismo modo, si subestimamos que el electorado popular pudiera hacer uso de la izquierda para derrotar a la derecha –pero no fuimos los únicos, los primeros sorprendidos fueron los propios socialistas– nosotros explicamos en los documentos de nuestro último congreso que, en el marco de la alternancia, los partidos socialistas podrían encontrar una mayoría electoral. Lo que explicamos, y mantenemos, es que bajo la presión de la mundialización capitalista liberal, la socialdemocracia conoce un proceso de «social-liberalización», de «derechización» de su política, de una interpenetración social empujada por su dirección con la alta administración y las cumbres capitalistas. Hemos constatado, con evoluciones desiguales, que este proceso causa el desenganche de sectores importantes de las clases populares frente a las organizaciones de la izquierda tradicional. Efectivamente, el embellecimiento electoral del PS, o incluso la estabilización de los resultados electorales del PCF, no se traduce en el crecimiento de estos partidos, ni en una dinámica de reconstrucción de la izquierda. Las ganancias electorales del PS de 2003 no se traducen en una dinámica comparable a la de los años setenta con la Unión de la izquierda o la evolución de los Partidos comunistas italiano o español...

5) Pero todas estas luchas, todas estas confrontaciones, hasta ahora, acabaron en retrocesos o derrotas sociales. La fuerza del movimiento antiguerra o la dinámica de los movimientos altermundialistas no llegan a invertir las pesadas tendencias de la situación. En cambio, la ofensiva capitalista se profundiza y, globalmente, las posiciones del movimiento obrero tradicional retroceden. Eso tiene efectos sobre el nivel de conciencia de amplios sectores del mundo pero no son bastante fuertes para desbordar a los aparatos sindicales que aceptan el marco liberal. Estas derrotas tienen efectos sobre la moral de los asalariados; y si, en algunas circunstancias históricas, la experiencia y las lecciones de derrotas parciales desembocaron en el desarrollo de las organizaciones obreras, de los movimientos sociales y en el crecimiento de corrientes de lucha de clases, este no es el caso hoy. Las olas sucesivas de luchas, y también de retrocesos, pesan sobre las corrientes radicales. Como dice A. Callinicos, «la relación de las luchas sociales y políticas con el proceso electoral es extremadamente compleja, combinada, e indirecta» pero es este conjunto de factores el que explica por ejemplo el fracaso de las listas LCR-LO en Francia. En cuanto a los resultados electorales de «Refundación Comunista» en Italia, que progresaron, no se les puede considerar como los de una organización de la izquierda radical *strictu sensu*. En muchos aspectos, está incluida en la izquierda radical pero su implantación como su influencia electoral están comprendidas, sobretodo, en el segmento del movimiento comunista tradicional.

Una política anticapitalista

6) En estas condiciones, ¿cuáles son los elementos clave de una orientación política anticapitalista? En primer lugar, porque los revolucionarios «no tienen intereses distintos de la clase trabajadora», deben reafirmar una política de unidad e independencia de clase. Eso pasa por una táctica de frente único de los trabajadores y del conjunto de sus organizaciones –lo que hacemos a través de las movilizaciones sociales, del movimiento antiguerra o del movimiento altermundialista, combinado con la defensa de un programa anticapitalista. Querriamos aprovechar este artículo para descartar todas las acusaciones que se hicieron contra la LCR, explicando que fuimos «exteriores» al movimiento de rechazo de la derecha. Nuestra política contra el gobierno es la unidad de acción de toda la izquierda social, sindical y política – concretado, en primer lugar, en las luchas. Esta orientación se tradujo a continuación en la campaña electoral, presentando nuestra acción como la de la oposición verdadera contra el gobierno y la derecha. No llamamos, es verdad, a votar por la izquierda en la segunda vuelta. Esta cuestión es una cuestión de táctica electoral, vinculada a las particularidades francesas del escrutinio mayoritario a dos vueltas, no es el *non plus ultra* de una política de frente único. No dejamos, durante toda la campaña electoral, de presentar propuestas de acción común a toda la izquierda. Hicimos, en nuestras explicaciones, la diferencia entre la derecha y la izquierda. No hemos habíamos pesado tanto en los debates internos a la izquierda... Esta es la razón por la que, para todo observador de la vida política francesa, la acusación de «anti-política» no se aguanta. Desde la campaña presidencial de 2002, con Olivier Besancenot, nunca habíamos hecho tanta «política»... Pero no dimos consigna de voto para la izquierda, juzgando que, en estas elecciones, llamar a votar a la izquierda era dar un cheque en blanco a los dirigentes socialistas... Por otra parte, aunque la mayoría de nuestros electores votó en la segunda vuelta a la izquierda, poca gente nos reprocha la ausencia de consigna de voto. Ya que, más allá del voto para la izquierda, no se da el mismo tipo de relaciones entre los asalariados y la izquierda tradicional que en los años treinta o setenta. El voto para el PS –o incluso para el PC– es un voto más en contra de la derecha que un voto de adhesión a la política del PS. Una vez más, no hay, como en los años treinta o setenta, relaciones entre las luchas, el voto, el crecimiento orgánico de las organizaciones reformistas y una salida política a las luchas que sería un gobierno PS-PC. El significado de las consignas de voto no es el mismo hoy que en los años setenta porque el mundo del trabajo no mantiene ya las mismas relaciones con las direcciones reformistas.

7) Esta táctica de frente único debe acompañarse de la defensa de un programa anticapitalista, lo que hemos llamado en Francia, un plan de urgencia social y democrático al servicio de los trabajadores. Desde este punto de vista, querriamos precisar que nuestras campañas electorales, contrariamente a lo que dice A. Callinicos, no son «abiertamente socialistas revolucionarias», en el sentido en que nuestros programas electorales retomarían la totalidad del programa revolucionario. No, elegimos algunos ejes clave del programa transitorio –la lucha por la prohibición de los despidos colectivos, el aumento de sueldos, la defensa de los servicios públicos y de los derechos democráticos– y explicamos que estas reivindicaciones inmediatas y anticapitalistas no pueden verse satisfechas sino por la movilización social y un gobierno de ruptura con la burguesía, un gobierno de los trabajadores.

Este Gobierno se define por las tareas que debe realizar para satisfacer las principales reivindicaciones populares y para comprometerse en la ruptura con las instituciones capitalistas.

Esta fórmula sigue siendo «algebraica» –puede, por otra parte, revestir numerosos nombres: gobierno anticapitalista, gobierno tan fiel a los trabajadores como la derecha lo es a los patrones, etc.– pero permite desmarcarse de todas las políticas gubernamentales de gestión del Estado y de la economía capitalistas. En efecto, no se trata de evitar la cuestión del poder, como nos lo sugiere Holloway u otros. La izquierda revolucionaria debe abordar la cuestión del poder y el gobierno, pero dando sus propias respuestas, no subiéndose al carro de los gobiernos de colaboración de clases. Por supuesto, la actualidad de un debate sobre esta cuestión depende de la situación política en cada país, pero es imprescindible definir una orientación general sobre esta cuestión del poder. Así pues, se debe tener la flexibilidad para establecer alianzas electorales, pero allí donde estas alianzas se enfrenten a la cuestión gubernamental, no se puede esquivar la cuestión... bajo pena de parálisis o estallido de las coaliciones que ponemos en práctica. La construcción de un partido anticapitalista, proyecto de medio y largo plazo, debe clarificar sus posiciones sobre la cuestión gubernamental. Este debate es un debate en toda la izquierda radical internacional: ¿es necesario o no participar o sostener gobiernos dominados por el social-liberalismo? La respuesta del PT en Brasil con Lula, la de Refundación Comunista en Italia, la de los partidos comunistas de la izquierda europea es positiva. Estos partidos dirigen o se preparan para sostener o participar en este tipo de gobierno. Nosotros pensamos, y la experiencia histórica nos lo enseña, que es un grave error. Este tipo de participación supedita al movimiento obrero a los intereses de las clases dominantes. Ata la dinámica de movilización de masas. Causa desilusiones y desmoralización. Esto es lo que funda nuestra oposición a las políticas de conciliación de clases.

¿Hacia un nuevo partido, cómo?

8) Frente único y programa anticapitalista son los dos pilares fundamentales de la construcción de una nueva fuerza anticapitalista. Pero esta perspectiva se inscribe, básicamente, como una coordenada del nuevo período histórico. A partir de 1992, la LCR indicaba que su actividad se inscribía en el tríptico siguiente «nueva época, nuevo programa, nuevo partido». La crisis de las políticas liberales, las resistencias sociales así como la evolución de la socialdemocracia y la decadencia del estalinismo liberan un espacio para una nueva fuerza política, para una refundación del movimiento obrero. Eso significa que la política de las organizaciones revolucionarias debe definir, en cada etapa, las iniciativas para avanzar por esta vía. Eso supone, en primer lugar, definir el contenido de un nuevo partido. Debe retomar, en buena parte, elementos esenciales del programa transitorio, combinando reivindicaciones inmediatas, reivindicaciones de transformación anticapitalista de la sociedad y perspectiva de poder, vinculando la necesidad de un gobierno de los trabajadores y del socialismo democrático. Debe quedar claro que un partido anticapitalista rechaza el apoyo o la participación en gobiernos de gestión del orden establecido. Este partido tiene, pues, delimitaciones estratégicas y programáticas «lucha de clases», pero éstas no se acaban en cuanto no se precisan a priori las modalidades de conquista revolucionaria del poder y se dejan una serie de cuestiones programáticas abiertas. En realidad muchas definiciones programáticas se harán sobre la base de la experiencia, pero las bases de este nuevo partido deben ser sólidas. En el mismo sentido, si bien la elección entre reforma y revolución, o

distintas concepciones de la revolución, no es un discriminante para construir este partido – podemos trabajar con partidarios de una transformación de la sociedad por reformas radicales–, la base de este partido debe clarificar cuertas cuestiones clave: lucha de clases, democracia, negativa a participar en gobiernos de gestión capitalista, internacionalismo. ¿Cómo avanzar entonces, a nivel político-organizativo? Como indica A. Callinicos, en el período actual es poco probable que un nuevo partido nazca en condiciones similares a las de los años veinte, como resultado de una fusión del ala revolucionaria y corrientes salidas de la socialdemocracia y orientándose hacia posiciones revolucionarias, o de una fusión entre los núcleos marxistas revolucionarios y de franjas enteras de los partidos socialistas o comunistas. Nuevas hipótesis deben deducirse. El eje de un nuevo partido será verosímilmente exterior a las viejas organizaciones tradicionales. Su base social y política se basará en las nuevas generaciones, experiencias de luchas y movimientos sociales. Retomará el hilo rojo de la historia revolucionaria expresando al mismo tiempo, sobretodo, una política revolucionaria para el siglo XXI. Pero este nuevo partido no se decreta. Debe resultar de todo un proceso de experiencias políticas caracterizado por acontecimientos o la convergencia de fuerzas significativas que crean las condiciones para una reorganización del movimiento obrero y la construcción de un nuevo partido. En Escocia, es la combinación específica de la cuestión social y la cuestión nacional que ha permitido la aparición del SSP. En Portugal, es la convergencia de varias corrientes resultantes del PC, el UDP (exmaoista), el PSR (sección de la IVª Internacional) y personalidades independientes que dio nacimiento al Bloque de Izquierda. Es decisivo que los revolucionarios animen este proceso sobre bases «lucha de clases» pero no pueden constituir este nuevo partido sino sobre la base de una dinámica que sobrepasa ampliamente el marco actual de la organización revolucionaria. Un nuevo partido no puede ser un autoencumbramiento de la organización revolucionaria. Es necesario que la nueva fuerza anticapitalista supere ampliamente a la organización revolucionaria. Sin esta plusvalía, la nueva fuerza no puede sino aparecer como una proyección de la organización revolucionaria o uno de susseudópodos. En Francia, si la LCR toma desde hace varios años iniciativas para una nueva fuerza política, no ha proclamado un nuevo partido que sólo habría sido una LCR ampliada... pero sin su historia y sin sus bases programáticas.

9) Esta dialéctica entre corriente revolucionaria y nuevo partido amplio es decisiva. La apuesta de una nueva fuerza política es, efectivamente, la construcción de una mediación estratégica entre la actual organización revolucionaria y la construcción de un nuevo partido revolucionario de masas indispensable para la conquista revolucionaria del poder por los trabajadores. Mediación vinculada a un período histórico en que es necesario reorganizar al movimiento obrero sobre una base más amplia y rehacer una serie de experiencias sobre una base anticapitalista. He aquí la funcionalidad de una nueva representación política para los trabajadores. Pero toda esta experiencia de un partido amplio debe hacerse sin olvidar el objetivo –la revolución socialista– y en consecuencia la construcción de un partido a la altura de sus objetivos, lo que supone la preparación, la educación, no solamente de militantes, sino de sectores del movimiento de masas. Eso supone preservar, cultivar, reforzar la animación de una corriente revolucionaria en este partido amplio. Y esta continuación de la construcción de una dirección revolucionaria a través de un partido amplio con un perfil poco definido sólo puede hacerse si el nuevo partido es mucho más amplio, con mucho más alcance que la organización revolucionaria. Si las condiciones de un verdadero rebasamiento de la organización revolucionaria no existen, si las formas de una nueva fuerza son menos significativas que las de la organización revolucionaria y si

precipitamos los ritmos y las modalidades de construcción de tal partido, perdemos entonces substancia –programa, historia, experiencia revolucionaria– sin ganar a cambio superficie política y organizativa. Por ello, mientras las condiciones para un partido amplio no existan, la acumulación de fuerzas para una dirección revolucionaria en sentido amplio se hace esencialmente por la construcción de la organización revolucionaria y por iniciativas que favorecen las condiciones para este nuevo partido, más bien que por la proclamación de una nueva fuerza descafeinada. (Traducción castellana de Ciara Escoda)

*** François Sabado es miembro del Buró Político de la Liga Comunista Revolucionaria (LCR, sección francesa del IVª Internacional) y forma parte del Buró Ejecutivo de la IVª Internacional.**